



Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

QUINTA EDICIÓN.

Es propiedad.

OPUSCULOS DEL MISMO AUTOR.

A una señora... y á muchas, 30 cénts. de real. — Casa y casino, 40 id. — El clero y el pueblo, 80 id. — La chimenea y el campanario, 70 id. — Cosas del día, 70 id. — Los desheredados, 30 id. — El dogma mas consolador, 50 id. — El dinero de los católicos, 1 real. — Las diversiones de la moral, 1'50 id. — El espíritu parroquial, 1 id. — Los malos periódicos, 30 cénts. — Manual del Apostolado de la prensa, 80 id. — Mes del Sagrado Corazón de Jesús, 1'50 real. — Nimiedades católicas, 40 cénts. — Octavario á Cristo resucitado, 50 id. — Devoto octavario al dulce Niño de Belén, 50 id. — ¿Para qué sirven las monjas? 70 id. — ¡Pobres espiritistas! 60 id. — ¿Qué falta hacen los frailes? 60 id. — ¿Qué hay sobre el Espiritismo? 70 id. — Ricos y pobres, 30 id. — La voz de la Cuaresma, 40 id. — Los frailes de vuelta, 50 id. — Montserrat, 2 rs. — Devoto novenario á Maria en su Asunción, 50 cénts. — Bien ¿y qué? 60 id.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR. — I, La Biblia y el pueblo, 24 cénts. de real; II, Ayunos y abstinencias: La Bula, 24 id.; III, El matrimonio civil, 34 id.; IV, El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad, 36 id.; V, El Purgatorio y los sufragios, 30 id.; VI, El culto de San José, 20 id.; VII, El culto de Maria, 30 id.; VIII, El Protestantismo; 80 id.; IX, El culto é invocación de los Santos, 32 id.; X, Efectos canónicos del matrimonio civil, 40 id.; XI, Misterio de la Inmaculada Concepción, 24 id.; XII, El púlpito y el confesonario, 50 id.; XIII, El Padre nuestro 50 id.; XIV, Las penas del infierno, 60 id.

12
65514

INFIERNO Y GLORIA.

Muy de mal gusto va á parecerles hoy nuestra conversación á las gentes del día.

—Vos diréis. ¿Y por qué?

—¡Toma! porque va á versar toda ella sobre un asunto que sólo imaginarlo de lejos ó citarlo de pasada las horripila y espeluzna.

—¿Y es?

—El infierno, hombre, el infierno. ¿No es verdad que se necesita algún valor para imprimir esta palabra así cruda y sin atenuantes en un folleto,

ó para sacarla á relucir en cualquier decente conversación? ¿No es verdad que no me lo perdonarán muchos de mis lectores, y que dirán para sus adentros que es tema ese que sólo se tolera allá en el púlpito ó en el librito de piedad?

— Cierto, cierto.

—Y no obstante, ¡quién me diera hacerla oír á menudo en todas las concurrencias, hacerla vibrar hasta en medio de nuestros alegres espectáculos, poder lanzarlo como aterrador *memento* en la animada y bulliciosa sociedad que puebla nuestros casinos y Bolsas y Parlamentos! ¡No fueran tantos al infierno á sufrir eternamente sus tormentos, si fueran algunos más acá los atacados de nervios por oír sus descripciones!

—Es verdad, y tengo para mí que de predicarse muy poco en nuestro

siglo, por no sé qué falsa delicadeza, estos asuntos, le viene en gran parte á la sociedad de hoy su lamentable descuido é indiferencia.

—La misma observación me he hecho repetidas veces, y creo á la verdad que libros y discursos sobre el juicio y el infierno le fueran á nuestro pueblo mucho más provechosos que tantos y tantos como andan por ahí, tan ponderados como estériles.

—Pero, vamos á nuestro asunto, ¿qué os parece: hay infierno?

—Me manda creerlo la fe, me convence de sus sólidos fundamentos la razón, me lo enseña como natural y lógico el solo buen sentido. Por de contado el género humano en masa reconoció siempre su existencia.

—Pero... ¿y los incrédulos que tan tenazmente lo niegan?

—¡Ay! ¡amigo mío! Los incrédulos son parte muy interesada en el asunto, y ofrecen de consiguiente testimonio sospechoso y nada imparcial.

—Explicaos, hombre, por Dios.

—Clarito, clarito, aunque tú lo sabes mejor que yo. Que todo el mundo, es decir, todas las religiones, si este nombre se puede dar hasta á las falsas, todos los legisladores, todos los filósofos, todos los que algo valen y algo pesan en la historia de la humanidad hayan enseñado, reconocido y confesado que tenían por cierta después de la presente otra vida, donde los buenos hallan eterna recompensa y los malvados eterno castigo; que todas estas gentes digan esto, y lo escriban en sus libros, y lo perpetúen en sus monumentos, y lo simbolicen en sus

ceremonias, ¿de dónde les puede haber venido? ¿De su capricho? Pues entonces es muy raro un capricho que lo han tenido á la vez todos los hombres de todos los pueblos, de todos los siglos. ¿De cálculo ó conveniencia? No comprendo cuál se les puede seguir de profesar una doctrina que de todo puede tener menos de cómoda. ¿De preocupación? Pero ¿qué preocupación es esta en que caen todos, y más y más cuanto más sabios y más honrados y de más buen sentido? Si es hija esta idea de la superstición, ¿cómo no la tienen solamente mujeres y niños? Si la han sacado de su magín los neos y los Curas, ¿cómo no se cita el día famoso en que empezaron á publicar tan brava novedad? ¿Será que sólo de cosa tan importante haya quedado desconocido el inventor? Extraño fuera á fe.

—Pero ¿por qué razón no decís lo mismo de los incrédulos que niegan esta verdad?

—Porque los incrédulos, con mantenerse en su negativa contra ese testimonio universal y desinteresado, no hacen más que seguir la corriente natural, que les lleva á deshacerse de todo aquello que les puede mortificar ó poner trabas á sus culpables desahogos. Porque si fuera muy extraño que al género humano en masa le hubiese ocurrido inventar la creencia en el infierno sólo por darse malos ratos, no lo es poco ni mucho que á los impíos les haya ocurrido sacudírsela de encima sólo para quitárselos. Porque á eso nos tiene ya acostumbrados la gente de manga ancha, que por no estrecharla un poquito hasta donde manda la ley, prefiere cortar por lo sano y saltar la barrera, negándolo todo de

rondón, hasta el mismo Dios. Porque, en suma, si el admitir una verdad lleva consigo el formal compromiso de aceptar las consecuencias, el negarlas todas no trae consigo otra consecuencia que la muy cómoda de poder cada cual despacharse á su gusto, sin frenos que detengan, ni consideraciones que estorben. Así se observa que nunca se acuerda nadie de negar el infierno hasta que empieza á convencerse de que va derechito á él. Y seamos francos, amigo mío; si pudiésemos verle á cada incrédulo la procesión que le anda por dentro, hallaríamos, ó yo me equivoco, que si mucho niega el infeliz y mucho reniega, es porque, como vulgarmente se dice... no las tiene todas consigo.

—¿Con que acabaréis por decir que vienen á resumirse en puro miedo todas esas bravatas?

—No son otra cosa la mayor parte de las veces que el deseo de alejar de la imaginación una idea importuna, lo cual, si no es miedo, se le parece no poco.

—Por lo cual, ¿qué consejos les dierais vos en conclusión á estos desdichados?

—Muy breves y muy prácticos por cierto, y de facilísimo cumplir. Procuran en todo no merecer el infierno, aléjense decididamente de los caminos que á él conducen, y de seguro no les vendrá tentación de poner en duda su existencia. Honrar á Dios, obedecer su ley, respetar y amar á su Iglesia, ser delicado y puntual con el prójimo, he aquí una receta con la cual verán satisfechas sus dudas y contestados todos sus argumentos los que no saben acomodarse á ese terrible cuanto segurísimo dogma de nuestra Religión. ¿He dicho algo?

— ¡Vaya! Habéis dado en el *quid* de la cuestión.

— Veamos ahora el reverso de la medalla. No hay sólo infierno, hay también cielo. Hay para los justos y arrepentidos eterna recompensa. Hay también después de los sufrimientos de acá paz, gloria y felicidad.

Oye, amigo mío. ¿No es verdad que son éstas hermosísimas palabras, pero que por desgracia, por lo que toca al presente, únicamente en palabras se quedan? Y no obstante, ¿en qué pecho no alienta el deseo vivísimo de lo que significan? ¡Y tan indispensables le parecen á nuestro pobre ser, que hasta llegamos á juzgar imposible la existencia sin ellas!

— Muy cierto es; pero no adivino qué consecuencias vais á sacar de esta

observación psicológica, á propósito del cielo.

—Saco la consecuencia de que si existe invariable en nuestro corazón ese deseo hambriento de felicidad, una de dos, ó es deseo que nunca tendrá su satisfacción, ó es deseo que la tendrá en alguna parte.

—Exactamente, no hay medio en esta disyuntiva.

—Y sigo luego ratiocinando. Si nunca ha de verse satisfecho ese deseo, acuso desde el momento de tiránico y cruel al Autor de mi ser, que clavó esta necesidad en el fondo de mi corazón sólo para atormentarme con ella; que me dió presentimientos falsos, á que no corresponde realidad alguna; que á sabiendas hizo nacer en mí hambre, sin haber criado el alimento propio para acallármela, y me dió sed, sin criar bebida con que pudiese apagarla. Y di-

me: ¿puedo sin blasfemia decir esto de Dios? ¿no fuera menor absurdo negar su existencia?

—Cierto. Antes que suponer un Dios monstruo, la misma razón natural me aconsejaría no creer en Él. Y monstruo fuera si me hubiera dado, al criarme, instintos, deseos, presentimientos de felicidad verdadera, sólo para hacerme con ellos más desgraciado.

—Luego, siento en mí esos deseos y presentimientos de felicidad, ésta ha de existir para mí en una parte ó en otra.

—Evidente; del mismo modo que, si tengo ojos, he de concluir que ha de haber luz en alguna parte para estos ojos; si tengo oídos, ha de existir sonido para estos oídos. Porque ridículo hubiera sido criar ojos y no criar luego luz para ellos, ú oídos y no criar luego para ellos sonidos. Del mismo

modo hubiera sido monstruoso criar corazón que necesita la felicidad, y no haber puesto al mismo tiempo en alguna parte la felicidad que ese corazón necesita. Son cosas éstas correlativas; la una existe sólo á condición de que exista también la otra: una á otra se suponen y completan.

— Perfectamente. Demos un paso más. Si, pues, la felicidad, á que me siento sin cesar invenciblemente atraído y como forzado, existe en alguna parte, ó será en este mundo, ó en el otro.

— Indudablemente, pues tampoco hay medio entre esos extremos.

— Es así que no existe en este mundo...

— No insistáis: concedida sin disputa esta proposición. Y si es falsa, salga

el hombre completamente feliz á desmentirla. No fué dichoso Salomón en medio de sus riquezas y saber, ni lo fueron los Alejandro y Césares en medio de sus conquistas, ni lo ha sido jamás el hombre más dado á deleites en medio de la mayor hartura de ellos. Es cosa la felicidad que la conocemos todos de oídas; á lo más se nos figura verla alguna vez en casa del vecino, como á él se le antoja quizá que la tenemos en nuestra casa. Pero tenerla en realidad, falso, falso. Salga el afortunado que pueda decir á boca llena: «Yo, yo soy completamente feliz, sin necesidad que me aflija, ni temor que me asuste, ni recelo que me perturbe, ni deseo no satisfecho que me inquiete.» No existe en este mundo la felicidad.

Luego existe esta felicidad en el otro, que es precisamente lo que enseña el

Catecismo cristiano, cuando nos enseña que Dios recompensa á los buenos con la gloria del cielo, así como castiga á los malos con las penas eternas del infierno. He aquí como la razón natural, el buen sentido, el propio instinto, andan acordes completamente con las divinas enseñanzas de la Revelación.

—Nadie habrá que pueda en buena lógica negar el rigor de esta consecuencia.

—Hay cielo, pues, amigo mío; hay cielo, y no has de mirar esta palabra únicamente como propia para llamar la atención de mujeres y chiquillos, sino como única digna de fijar el eterno destino del alma racional.

Hay cielo, es decir, seré feliz, eternamente feliz, si no pongo voluntaria-

mente obstáculo á la consecución de este fin que Dios le ha señalado al hombre, y al cual tiende éste por tendencia suya natural, como tiende el ave á volar, y el acero al imán, y el cuerpo á su centro de gravedad.

Hay cielo, y aquella es mi patria, aquella es mi herencia, para allá nací, allá iré, si yo mismo no me degrado, si yo mismo no me desheredo, rene-
gando de la condición de hijo de un Padre celestial.

Hay cielo, y ¿qué pensamiento mejor para engrandecer todos mis demás pensamientos, para inclinarme á hollar con nobleza todo lo deleznable de acá, para hacerme superior á todas sus vicisitudes y miserias?

Hay cielo, y es para mí; hay cielo, y me dan seguridad de él las divinas promesas; hay cielo; ¿qué puede importarme, pues, todo lo de la tierra?

Hay cielo, es decir, hay esa felicidad á que aspira día y noche mi corazón; existe, y puedo conseguirla y la conseguiré infaliblemente y con la ayuda de Dios, si quiero...

Pero ¡oh palabra que he soltado sin advertir y que es la fundamental en el asunto! ¿Quiero?

—Es verdad que en ella debe de estar todo el meollo de la cuestión.

—Ahí está, en efecto, toda ella. Guardaremos para otro opúsculo este delicado interrogante.

A. M. D. G.

BIBLIOTECA LIGERA,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

1. ¿Hablemos de Religión?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay ó no hay Dios?—4. La razón de la sinrazón.—5. ¿Si seré yo algo mas que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si le hay?—10. ¿A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno si, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28. Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—30. Dios quiera el corazón.—31. ¿Todos somos iguales?—32. Mas trabajo y menos fiestas.—33. ¿Qué dirán!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de veras os parece que hemos de resucitar?—36. ¡Calla, blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mí... no tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo lo que quiero?—41. Esos curas... por todo piden dinero.—42. Belén y la cuestión social.—43. Principio y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene.—45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—46. A vela y remo.—47. ¿Las fiestas! ¡Las fiestas!—48. ¿Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católicas.—50. ¡No, no prevalecerán!—51. ¿Religión? ¡A los curas con ese embrollo!—52. Pero, ¿cómo puede ser lo de la Eucaristia?—53. Los frailes holgazanes.—54. Historia contemporanea.—55. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos!—56. La libreria de mi amigo.—57. Corazones partidos.—58. ¿Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—59. Vamos andando.—

60. Los pocos y los muchos.—61. Ganar para la vejez.—62. Poncio Pilatos.—63. Mira que te mira Dios.—64. El Santo Rosario.—65. ¿Y hay de veras purgatorio?—66. Cariño mas allá de la tumba.—67. Celestial compañero.—68. Ni fe sin obras, ni obras sin fe.—69. La Santa Inquisición.—70. ¿Los curas? ¡Bah! son hombres como nosotros.—71. Cuentas galanas.—72. El secreto del bien morir.—73. ¡Eternidad! ¡Eternidad!—74. Higiene espiritual.—75. María Madre de Dios.—76. La casa-iglesia y la casa-club.—77. Escuelas laicas, es decir, impías.—78. El Sagrado Corazón.—79. El secreto de la escuela laica.—80. Vivos y muertos, ó cuando se nace de veras.—81. Piezas para un proceso.—82. Las tres mentiras de la enseñanza laica.—83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso?—84. Modos de tener religión que equivalen á no tenerla.—85. No estoy por tanto lujo en las iglesias: Cristo fué pobre.—86. Con qué gnos vamos?—87. Criterio seguro... y único.—88. La casa de la eternidad.—89. El bu del jesuitismo.—90. ¿Tanto mal es el pecado?—91. Más sobre el jesuitismo.—92. El pecado cristiano.—93. La más justificada justicia.—94. El combate de la vida.—95. El triunfo de la fe.—96. La vejez del incrédulo.—97. ¡Esos teatros!—98. El crimen de muchos hombres de bien.—99. Ricos muy pobres.—100. Ad majorem Dei gloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Librería y Tipografía Católica* de Barcelona, á los precios siguientes:

Un ejemplar, 6 cénts. de pta.; docena de un mismo número, 2 rs.; centena de id., 16 rs.; quinientos de id., 75 rs.; mil de id., 140 rs.

La coleccion de los 100 números publicados vale 16 rs. No se hace otro descuento.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.

TIPOGRAFIA CATÓLICA, PINO, 5, Barcelona.—1896.